

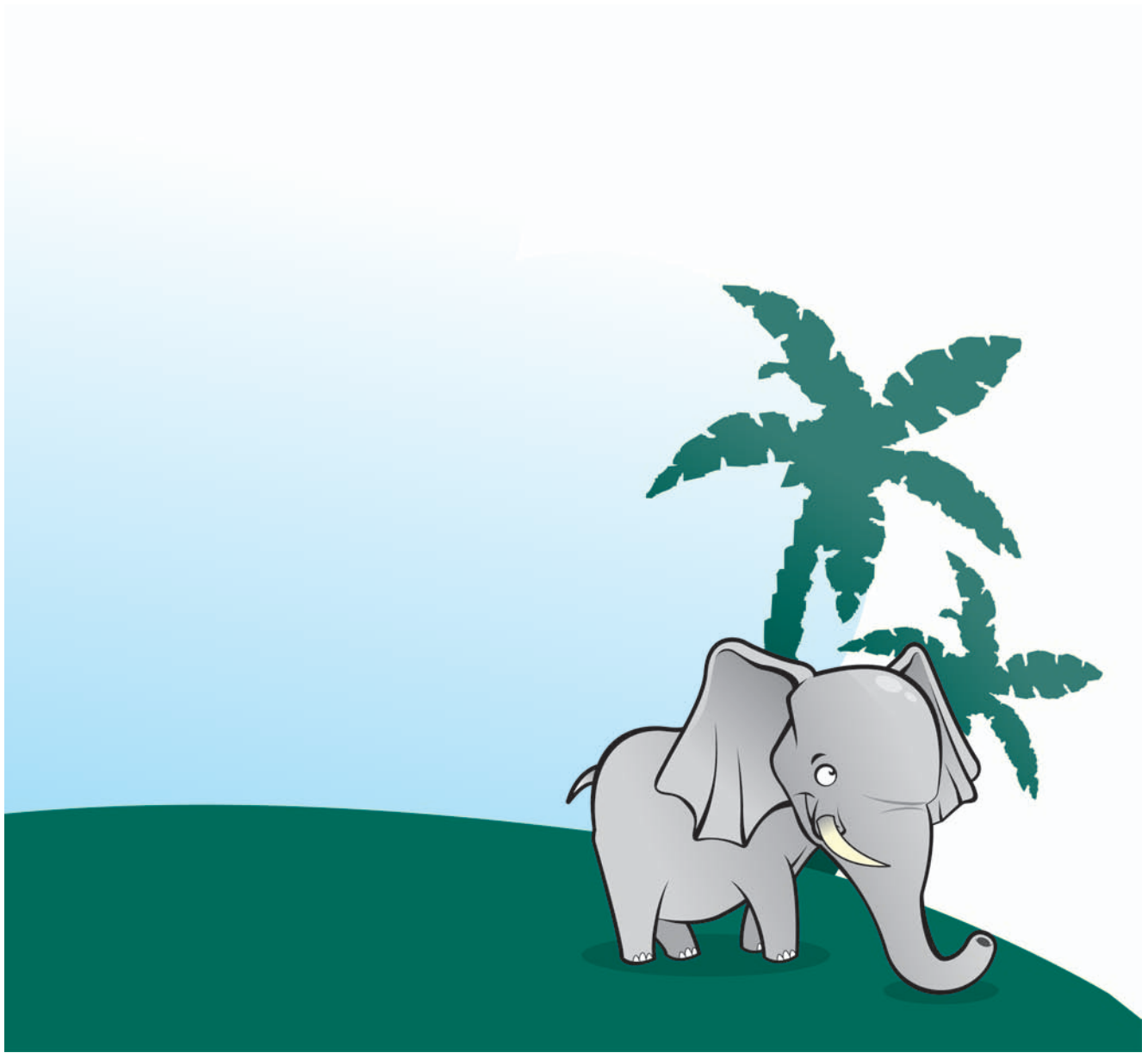
# UN DÍA ESPECIAL EN LA SELVA CON



**EIPO & DANTE**

N N I  
F F E  
E L L  
R R A  
M M A  
E E T  
D D O  
A A R  
D R I  
A A

E R M  
A T I  
T I S  
T O P  
I C A



Érase una vez un elefante muy viejecito llamado Dante. Tenía las orejas tan grandes que las arrastraba por el suelo al caminar. Después de pasear durante largas horas decidió ir en busca de sombra para estirarse a descansar.

Cuando empezaba a conciliar el sueño vio aparecer a un niño que caminaba a paso rápido.

- Hola, me llamo Dante. ¿Qué haces tú solo por aquí?  
¿Te gustaría acompañarme a dar un paseo?  
Estoy sediento. ¿Quieres subir encima de mí y me acompañas a beber agua al río?

- Hola, pues yo me llamo Eipo. Pero es que nunca he subido encima de un elefante.  
¿Seguro que no me voy a caer?

Eipo tenía muchas ganas de subir al elefante, pero era demasiado



alto. Además, lo acababa de conocer. ¿A dónde lo llevaría?, ¿y si lo llevaba a un lugar lejano, perdido en el bosque?...

Finalmente aceptó, aunque tenía un poco de miedo. Se abrazó a la trompa larga, gruesa y peluda del elefante. Dante, haciendo malabares con su trompa, lo levantó hasta que cayó sentado en su lomo, de piel áspera, seca y tremendamente rugosa.

- ¿No tendrá Dante lo mismo que yo en la piel?, –se preguntaba el niño en silencio mientras observaba atentamente la piel del animal–. Quizá la suya es más delicada que la mía porque es más seca y áspera. Sin embargo, él no tiene eczema ni costras..., seguro que usa litros y litros de cremas y lociones para cuidarla.

El camino era maravilloso, los árboles estaban floridos y corría agua por los riachuelos. Nadie iba a creerle

cuando les contara a los chicos y chicas de la escuela su gran experiencia con el Rey de la selva.

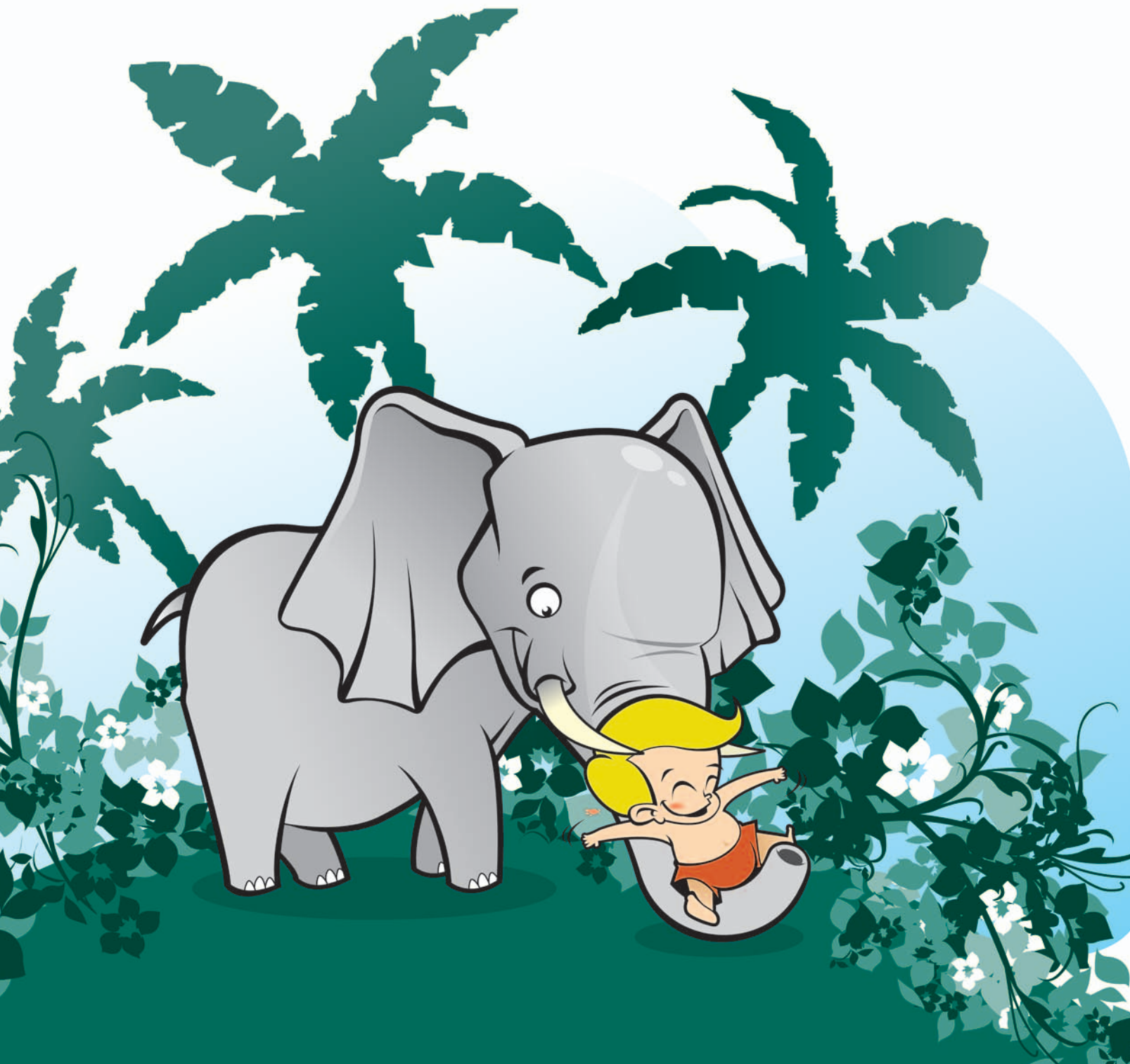
Llegaron al río y se bañaron juntos. Dante tomaba el agua con la trompa y como si fuese una manguera se la echaba a Eipo con delicadeza para no asustarlo. Eipo utilizaba como tobogán la trompa del animal y se lanzaba desde ella hasta el agua. Así pasaron la tarde juntos, divirtiéndose en el río.

Eipo le contó al elefante que tenía una piel muy delicada, con algunas manchas rojas y costras y que necesitaba cuidarla mucho.



- ¿Ahh, y por eso te rascas tanto la espalda? ¿Quieres que te ayude?, le preguntó Dante al niño.
- Uy... pues si esto no es nada. A veces por las noches les pido a mis padres que me rasquen, aunque siempre me dicen que no lo haga porque me puedo hacer daño. Al final, acabamos todos haciéndonos cosquillas y riendo, hasta que sin darme cuenta me olvido de que me pica.
- Pues claro, tus padres tienen razón. No deberías rascarte. Piensa que con las uñas puedes hacerte heridas en la piel que se pueden infectar y pueden producirte todavía más escozor.
- Tienes razón. Qué inteligente que eres, Dante!! Mi mamá siempre me corta las







uñas porque la suciedad  
puede quedar atrapada en  
ellas, y al rascarme puedo  
ensuciar las heridas de mi piel.  
Luego se me pueden infectar y eso sí  
que duele...

De pronto Eipo miró el reloj y se despidió rápidamente de Dante porque tenía que volver a su casa.

Eipo estaba orgulloso de haber conocido a un nuevo amigo.

Su madre salió corriendo a abrazar a su hijo aunque le regañó por haber ido a la selva sin su permiso.

- Mamá, yo ya soy mayor, además, no quería quedarme todo el día en casa.

Aquel día todos sus compañeros habían ido a la piscina de la aldea. Él no podía, ese día, bañarse en la piscina, puesto que tiene demasiado cloro y se le irrita todavía

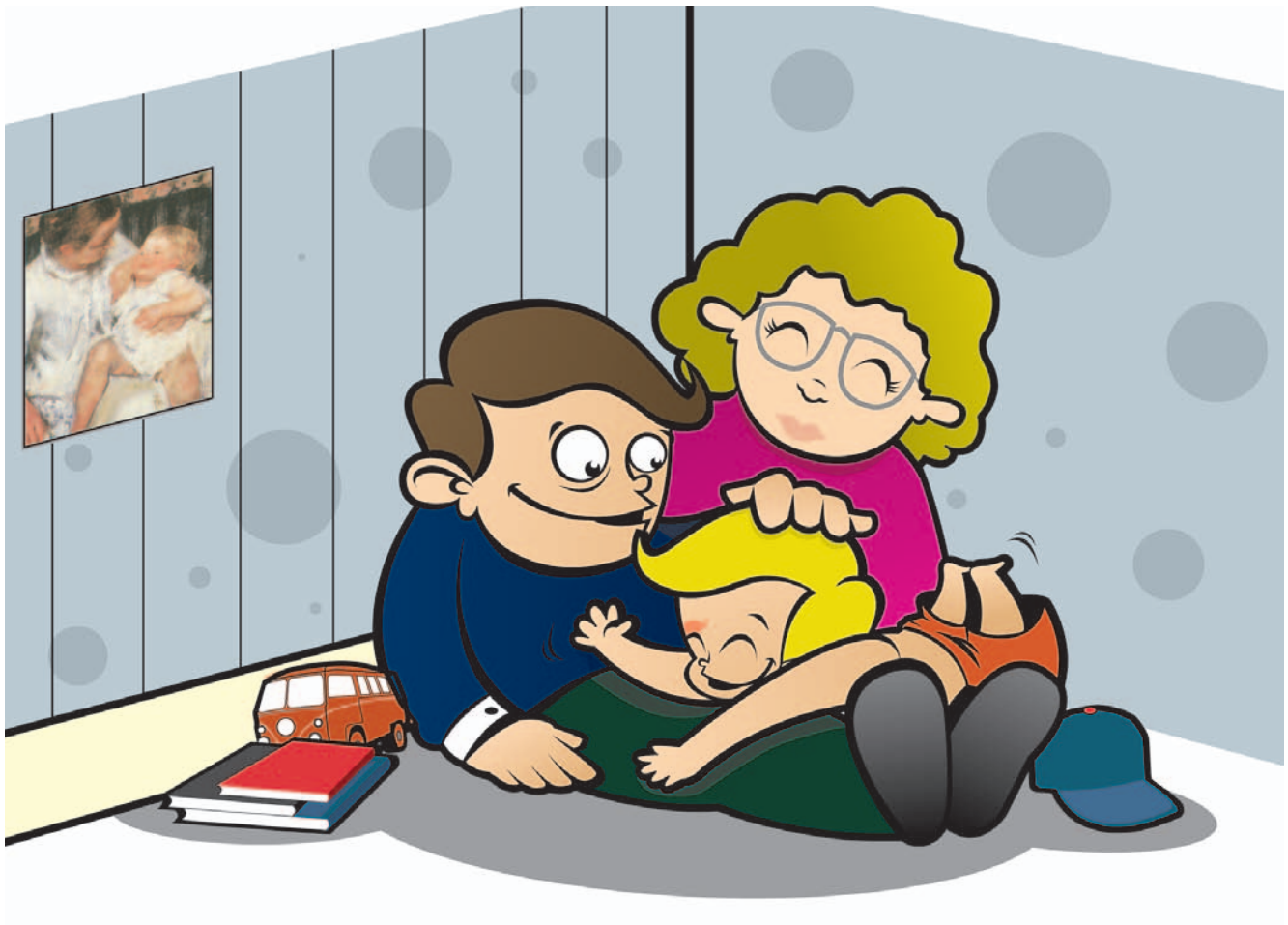


más la piel. Tampoco puede darle mucho rato el sol porque su piel es más sensible que la de los demás niños y podría quemarse.

- Mamá, tú sabes que me lo paso bien en el colegio, porque tengo amigos y aprendo cada día nuevas cosas, pero a veces Pedro se ríe de mí –se lamentó Eipo–. Sobre todo cuando ve que me rasco. Y encima, cuanto más me rasco, más rojo se me pone y más me duele.

- Eipo, tú sabes que a veces los niños se ríen de los demás, pero no lo hacen para hacerte daño. Ellos no tienen por qué saber que tu piel es especial. Simplemente cuéntales que es más delicada, como la de un recién nacido, y que tienes que



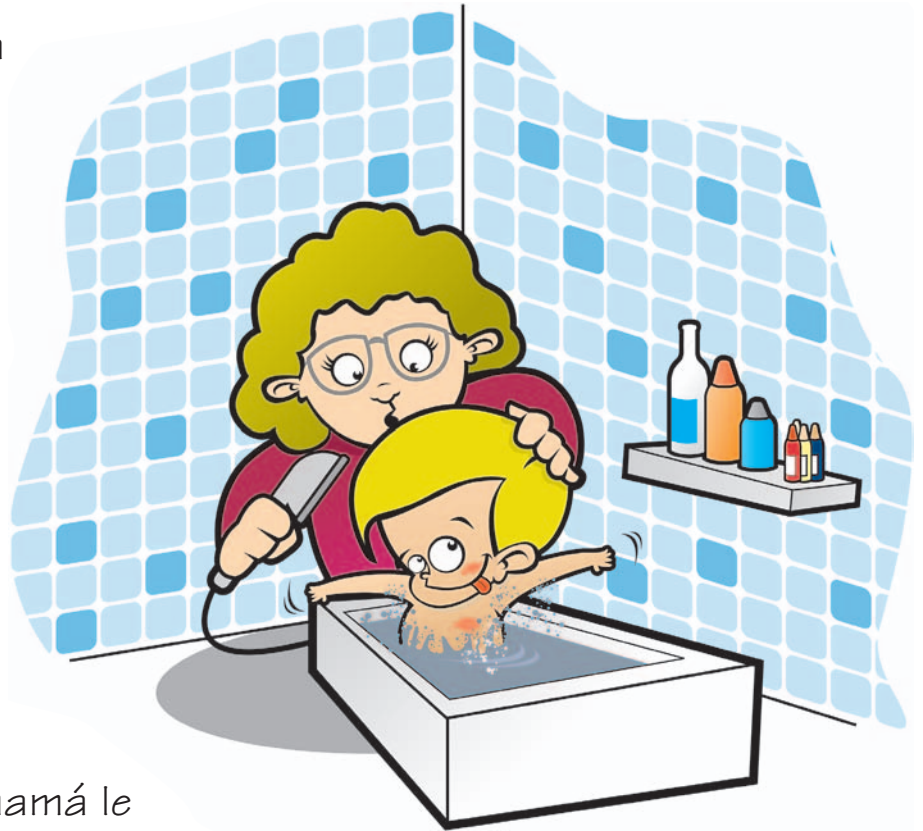


ponerte algunas cremas antes de tomar el sol y después de la ducha. Si les explicas lo que te pasa, estoy segura que lo van a entender. Además esto pasa con el tiempo. Quizá cuando seas mayor ya no tendrás que rascarte ni tendrás ninguna herida en tu

bonita piel –le respondió su madre mientras abrazaba con ternura a su hijo–.

- Bueno, ahora vamos a ducharte y a ponerte el pijama. Sécate bien y con cuidado, sin frotarte fuerte con la toalla. Después pondremos tu crema hidratante favorita y luego, cuando hayamos terminado, leeremos juntos el cuento con tu papá. ¿Qué te parece el plan?

Eipo estaba cansado de tantas cremas y potingues que su mamá le





compraba, pero sabía que sin ellas su piel podía empeorar.

¿Cómo puede ser que el elefante tenga una piel tan áspera, gruesa y fuerte si no usa ningún potingue para la piel?, pensaba Eipo mientras su madre le ponía la crema hidratante. Mañana le pediré que me cuente sus trucos.

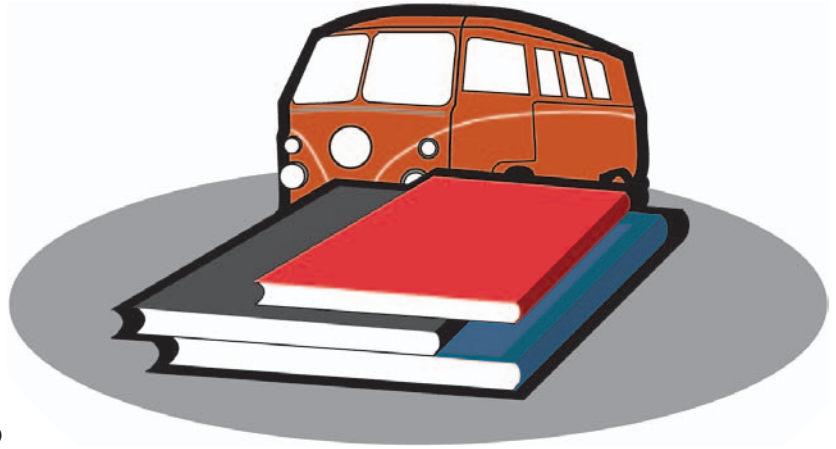
Al día siguiente Eipo se levantó muy contento. Al llegar a la escuela les contó a sus compañeros la gran aventura del día anterior.

En el recreo se le acercó Pedro con algunos de su pandilla:

- Así que ahora vas diciendo que tienes un gran amigo elefante ¿eh? ¿a cuántas personas más vas a engañar?

¡Los elefantes no  
hablan con niños  
como tú!

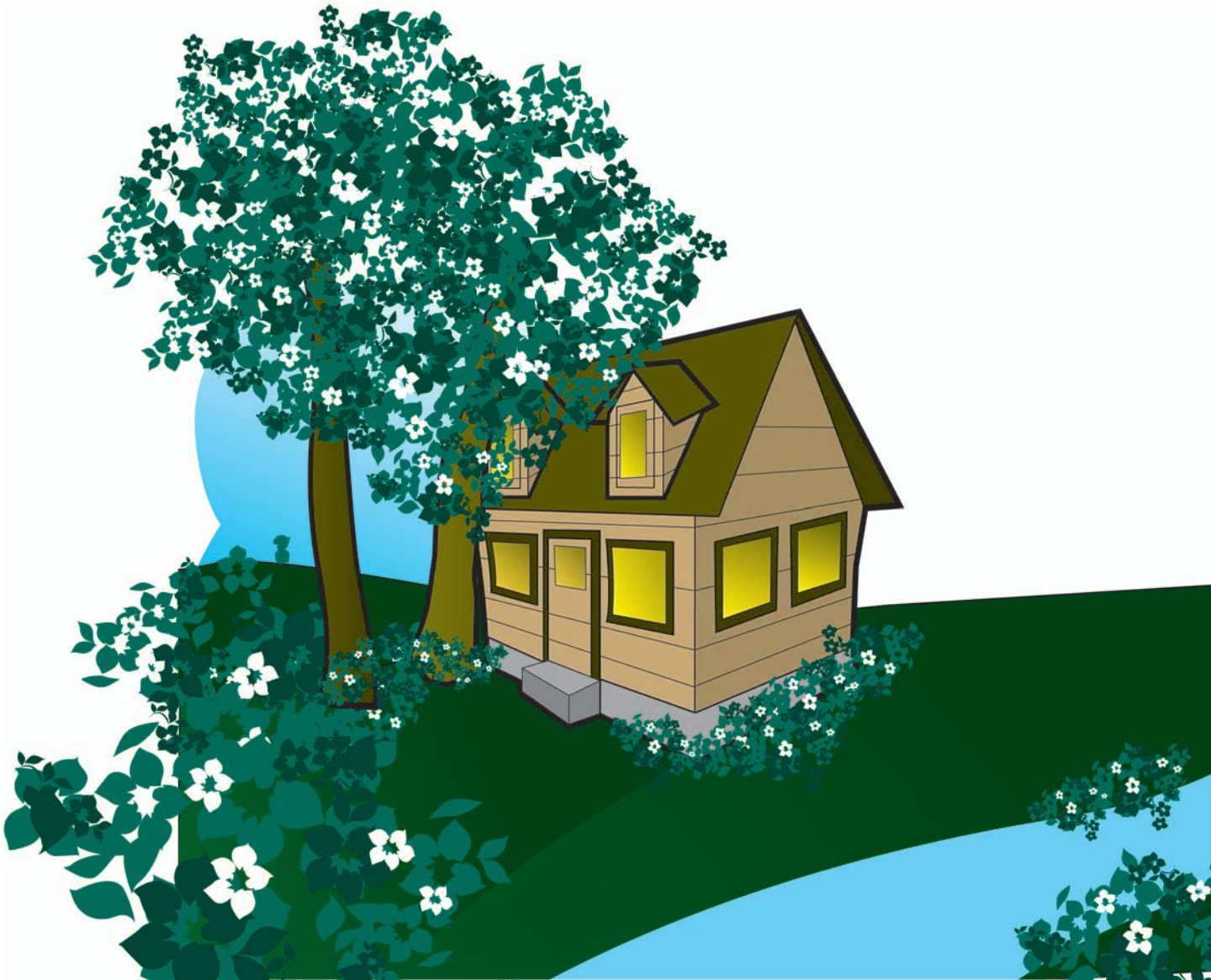
- Sí, así es. Y ni se  
te ocurra  
acercarte a él,  
porque es demasiado  
grande y cuando lo veas te  
vas a poner a llorar del miedo que  
te va a dar –le respondió Eipo sonriendo.



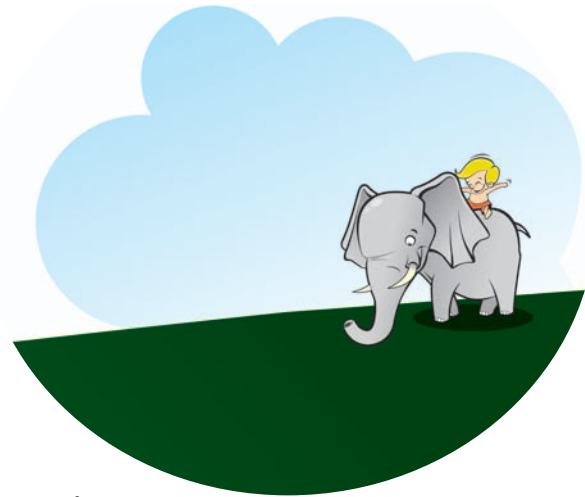
Por la tarde, al salir de la escuela, Eipo se fue corriendo a ver a Dante. Se adentró en la selva y se encontró con su gran amigo elefante que le estaba esperando en el mismo árbol del día anterior.

Juntos atravesaron el río y se fueron por un camino diferente. Caminaron por un pequeño riachuelo hasta llegar a una bonita y pequeña casa de madera.

*Estaba tan rodeada de árboles que era difícil de distinguir a distancia.*



- Eipo, quería invitarte a mi propia casa. Puedes venir siempre que lo desees, pero no para usar mi trompa de tobogán ni para colgarte de mis orejas –le dijo Dante sonriente– ¡Ven, quiero presentarte a unos amigos!



Al poco rato salió de la casa un tigre que andaba cojeando y un león sin pelo.

- ¿Por qué estáis todos aquí? –preguntó Eipo sin comprender qué hacían allí todos esos animales de la selva–. Nunca me hubiera imaginado que los tigres y los leones pudieran convivir juntos y menos que se llevaran bien con los elefantes.

- En realidad la madre naturaleza nos hace así de fuertes para poder sobrevivir en esta selva, donde

cada uno establece sus leyes y sus reglas, –le explicó Dante–.

Sin embargo, en esta casa reina el amor y el respeto, por eso no necesitamos reglas externas. Aquí nos aceptamos tal y como somos y nos respetamos y ayudamos los unos a los otros.

- ¿Entonces, nunca peleáis?–  
preguntó sorprendido Eipo.

-Eipo, uno nace con lo que tiene. Mis orejas las odié durante largo tiempo, pero un día comprendí que sin ellas no sería el elefante de orejas





grandes que soy. Ese día conseguí ser realmente feliz porque me acepté a mi mismo. Así es como dejé de enfadarme con los demás, y conseguí convivir en paz con el resto de animales de la selva.

Eipo se marchó corriendo a su casa. Al día siguiente volvió a visitar a los animales de la casa de madera, pero esta vez iba acompañado de sus mejores amigos del colegio.

Pedro, junto con algunos compañeros de su pandilla, los siguió por la selva a escondidas. Caminaban sin hacer ruido por entre los árboles sin que Eipo y sus amigos se dieran cuenta.

Cuando llegaron a la casa vieron a los niños conversando y jugando con el león, el tigre y el elefante. El león sin pelo no parecía ser muy feroz, sin embargo sus dientes lo delataban. ¡Podía comerse a Pedro entero de un solo bocado!

Eipo, al ver a Pedro acercarse, le gritó: - Aléjate de aquí, tú no eres bienvenido en esta casa donde reina la paz.

Dante, observando a los dos muchachos, se levantó y se dirigió a Pedro.

- Así que tú eres Pedro, el gran amigo de Eipo, ¿verdad? Eipo me habla continuamente de tí, de las grandes y divertidas aventuras que habéis compartido juntos y de lo mucho que le ayudas en el colegio.



Pedro no podía creer lo que oía. ¿Le estaría mintiendo?, ¿hablaba de verdad ese impresionante y majestuoso elefante? ¡Cuánto daría él por subirse a ese bello animal!

Pedro y Eipo compartieron una bonita tarde juntos, con todos los compañeros de la escuela, jugando con los animales de la casa. El tigre andaba cojo, pero era feliz. El elefante, a pesar de sus enormes orejas, era sabio, maravillaba su forma de hablar y tenía infinidad de anécdotas que contar. El león, a pesar de no tener pelo, tenía un andar majestuoso que lo hacía ser el más bello de la selva.

Pedro, sin embargo, se sentía diferente de todos, puesto que se daba cuenta de que el reírse de los demás, no le hacía sentirse feliz y no quería continuar viviendo así. Estaba dispuesto a compartirlo todo con Eipo y con sus compañeros.

- Eipo, tengo que agradecerte lo mucho que he aprendido de tí –le comentó Pedro sin atreverse a mirarle a la cara–. Me he dado cuenta de que eres un gran amigo y que ayudas a tus amigos.

Al día siguiente se respiraba un ambiente de alegría y felicidad en la escuela. Durante el recreo jugaron a un partido de fútbol. Eipo, a pesar de que no le va bien sudar demasiado, puesto que su piel se irrita con el calor y con el sudor, disfrutó como si fuese su primer partido.

Al salir de la escuela fueron todos a bañarse al río.

Los animales de la casa de madera decidieron acompañarlos para jugar con ellos. Pedro, Eipo y los demás se lanzaban al agua usando la trompa de Dante de trampolín. También se colgaban de sus orejas, pero no demasiado, ya que el elefante les regañaba.

Desde ese día todos comprendieron que cada uno es como es. Y que la piel de Eipo es simplemente diferente, por lo que necesita un cuidado especial. Así es como Pedro y Eipo construyeron una bonita amistad, que dura hasta el día de hoy.

Cuando Eipo volvió a casa le prometió a su madre y a su padre que a partir de ese mismo día iba a ser más obediente. Los abrazó y les dio las gracias por cuidarle puesto que gracias a ellos y a sus cuidados había conseguido vivir feliz con su delicada piel.



